

Turquía, despierta y en la calle

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

Durante las tensas horas vividas desde la noche del viernes 15 de julio hasta la madrugada del 16, el primer ministro turco, Binali Yildirim, hablaba de una Turquía despierta y en la calle para salvaguardar la democracia. Aunque quizás habría que decir su sentido de la democracia, que no es exactamente el mismo que el nuestro. Y es que no podemos olvidar que los militares alzados se han sublevado en nombre del sistema democrático, ya que lo consideran constantemente cercenado por los abusos de poder de Recep Tayyip Erdogan y del gabinete del AKP. Así, hay que recordar que el Ejército es el máximo garante de la Carta Magna, por lo que una violación de la misma podría justificar una intervención de estas características. No me toca a mí defender a los insurgentes, pero sí tener en cuenta este planteamiento. Puesto que no estaríamos hablando de un golpe de Estado a la manera de los de América Latina, por ejemplo, donde el Ejército como institución buscaba la implantación de un régimen dictatorial al margen de toda Constitución democrática. Aquí sería todo lo contrario. Los rebeldes se habrían levantado en favor del orden constitucional, no en su contra. De manera que, en realidad, tendríamos dos bandos enfrentados defendiendo dos conceptos de democracia, al parecer, incompatibles.

A este respecto, llama mucho la atención la tardanza con que reaccionaron las distintas instituciones y líderes mundiales. De hecho, si la asonada comenzó hacia las diez de la noche, no fue hasta pasada la una de la mañana cuando empezaron las condenas. Basta leer el escueto y aséptico comunicado de Federica Mogherini, la Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores, para darse cuenta de que las cosas aún no estaban nada claras (23h,54'). Incluso, desde la propia OTAN (00,18h), a la que pertenece Turquía desde 1952, se dijo que no se iban a reunir por este acontecimiento. De suerte que sólo después de que las fuerzas gubernamentales empezaran a tener la sartén por el mango comenzaron las declaraciones en contra de los insurrectos. Fue el caso de Obama a la 1h,20' y seguidamente de un portavoz de Angela Merkel (1h,32'). Esto debe interpretarse en la línea de lo expuesto anteriormente. Es decir, que, en realidad, los sediciosos no buscaban la implantación de una dictadura militar, sino la preservación de un sistema democrático tocado. De ahí tantas cautelas.

En verdad, a mí este levantamiento no me ha sorprendido demasiado, teniendo en cuenta la situación que vive el país desde hace ya varios años. Los problemas internos y externos se han incrementado en los últimos tiempos y Turquía está inserta en un clima de inestabilidad creciente. La deriva autoritaria de su Jefe de Estado, Erdogan, ha hecho que sectores más amplios de la sociedad y, por lo que se ha visto ahora, también del Ejército, estén muy descontentos con el ejercicio de sus funciones. Los ataques a las libertades civiles, el encarcelamiento de periodistas, los casos de corrupción que le han salpicado y un continuo deterioro en la separación de poderes están exacerbando los ánimos a niveles altos de tensión. A ello se suma que la gran bonanza económica que se vivió durante su etapa de premier (2003-2014) ha disminuido. Y, enrevesando este panorama, no debemos olvidarnos de la cuestión kurda, reavivada en el contexto de la guerra de Siria. El temor de Ankara al aumento de las reivindicaciones de los kurdos como consecuencia de su acción conjunta con sus hermanos de Irak y Siria en su lucha contra el Estado Islámico terminó por desembocar en el fin de las conversaciones con el PKK. Esto, además de la frustración generada en dicha minoría, ha abierto un grave frente en las provincias del sureste con el resultado de un buen número de muertos por atentados y un enfrentamiento soterrado con los cuerpos de seguridad del Estado. Una situación explosiva que nos retrotrae a una época que, en cierta manera, se suponía superada.

El resultado de todo ello es un escenario bastante inquietante. Más aún si tenemos en cuenta el papel que está jugando Turquía en el atolladero sirio desde el comienzo de las hostilidades. Las acusaciones, en especial por parte de Rusia, de haber sido connivente con el Dáesh ha pesado sobre la presidencia turca como una losa. Al fin y al cabo, son cientos los kilómetros de frontera que

comparte con el auto-proclamado Califato. La ambigüedad de sus actuaciones y la presión de la comunidad internacional han hecho que finalmente el gobierno haya decidido colaborar activamente con la coalición internacional comandada por los Estados Unidos. Lo que ha provocado una respuesta airada por parte del EI en forma de atentados masivos, como los de Suruç, Ankara o el aeropuerto de Estambul. No es de extrañar que algunos ciudadanos turcos acusaran directamente a la posición mostrada por el ejecutivo durante este conflicto de ser la responsable de tales carnicerías.

Como puede apreciarse, estaríamos hablando de un cóctel demasiado peligroso para que en cualquier momento no pudiera estallar. Ha sido ahora y, aunque ha fracasado, supone un punto de inflexión en los muchos años que Erdogan lleva al mando de la nación (desde 2003). Pero también el motín ha revelado dos cosas más. Primero, los sólidos apoyos con que cuenta el AKP, cuyos partidarios salieron a las calles sin complejo, atendiendo a la llamada del presidente; y segundo, que los opositores tendrán que canalizar sus reivindicaciones exclusivamente por vías políticas y no mediante motines, sobre todo, por los escasos apoyos civiles recibidos. Dividida la sociedad casi en dos mitades, urgiría establecer vías de diálogo en aras a encauzar unas desavenencias políticas muy espinosas. Volver a la negociación con el PKK, renunciar a la reforma de la Carta Magna y profundizar en el respeto a los derechos y libertades constitucionales podrían ser un buen comienzo.

16 de julio de 2016

Publicado en *El Diario Vasco*, 27 de julio de 2016, p. 20